

los martirios, que es la soledad. *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

¡Viernes Santo, yo te saludo! Providencia de Dios, yo te reverencio! ¡Soledad de mi Madre y mi Señora, yo te bendigo! Pero no sin razon os lamentais, desconsolada Soberana de los cielos, nó del dolor en que os constituyó la pérdida de vuestro Hijo, sinó de esa segunda soledad, más amarga que la hiel, más cruel que todo padecimiento y tan prolongada como la eternidad; la soledad en que os deja en esta noche el corazon empedernido de los hombres. Ellos hacen saltar de vuestros ojos esas lágrimas puras como la cristalina gota del rocío; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os miran con indiferencia, os vuelven las espaldas y van á sumergirse en un golfo de tinieblas, huyendo de la verdadera luz, que es vuestro tiernísimo y solitario corazon; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os escuchan, y se hacen los sordos; sois su modelo, y no quieren imitaros; estais sola, y os dejan más sola, infinitamente sola...; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que es vuestra soledad. Vuestra soledad, diré para concluir, es un misterio en la esfera de los sufrimientos humanos, porque no hay corazon que la sepa sentir, ni lengua que la pueda expresar, ni entendimiento alguno que la llegue á comprender. Solo Vos que llamais con repetidos golpes á nuestras almas para decirnos lo que sufrís en esa desventurada, incomparable é incomprensible soledad. *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Pueblo cristiano: si la soledad es mayor cuanto es mayor el abandono, ¿cómo será la soledad de Maria, abandonada de las criaturas en el momento mismo en que las adopta en el Calvario? No sea, por Dios, ninguno de nosotros el que la haga apurar hasta las heces el cáliz de la amargura; y antes que Maria Santísima sucumba al dolor y al sufrimiento arrojémosnos á sus plantas; saludémosla como Reina de todo lo criado; bendigámosla como amparo de todos los vivientes... ¡Es tan dulce el nombre de Madre...! Pues bien; llamémosla Madre, cariñosa Madre, siempre nuestra Madre: invoquemos al amantísimo nombre de *Maria de la Soledad* en todos los instantes de la vida: de esta manera la acompañaremos en su afliccion, nos sorprenderá dichosamente la muerte reclinados en sus brazos, y despues será nuestra su amorosa compañía en las mansiones eternas de la gloria. Así sea.

DISCURSO XIV.

Sobre el mismo asunto.

Ambulate, filii, ambulate; ego enim derelicta sum sola. (Baruch, iv, 19.)
Andad, hijos, andad: porque me han dejado sola. (Ut supra.)

¿QUÉ ha quedado, cristianos, de aquel festivo murmullo, de aquel animado movimiento, de aquellos aplausos con que en las calles y plazas de Jerusalem era saludado el que venia bendito en el nombre del Señor? ¿Qué ha quedado en el huerto de Gethsemaní, las hojas de cuyos árboles parece que repetian la oracion agonizante del Nazareno, y cuyas arenas se vieron teñidas con la sangre y el sudor del Hombre más hermoso concebido en las entrañas de mujer? Amarga soledad. ¿Qué ha sustituido á aquella algazara infernal con que entre indecentes insultos y tratamientos inícuos, en el silencio de la noche, era traída y llevada de tribunal en tribunal la sacratísima persona del Divino Libertador de los pueblos? ¿Qué subsiste en la cima del Calvario de aquel espectáculo desgarrador que ha tenido lugar para satisfaccion de la justicia divina y para salvacion del universo? ¿Qué de aquellas tres horas de agonía inconcebible, en que para triunfar de la muerte, y del pecado, y del espíritu de las tinieblas, parece que agotó todos sus esfuerzos el amor divino? Melancólica soledad. ¿Qué resta del sentimiento que ha hecho la naturaleza, oscureciéndose los cielos, ensangrentándose los astros, desencadenándose los elementos, rasgándose el velo del santuario, haciéndose pedazos las piedras unas con otras, abriéndose los sepulcros y resucitando los muertos? ¿Qué contemplamos ya de aquella piadosa devocion, de aquel funeral recogimiento, de aquella compostura edificante con que una comitiva religiosa, abrumada de ese

dolor que solo se expresa por el silencio en el padecer, y derramando esas lágrimas que son desahogo de la criatura que padece y no puede hablar, marchara á depositar, en las entrañas de un sepulcro, el cuerpo embalsamado, lívido, pero immaculado, del Príncipe de los mártires? Horrible soledad. Soledad en los cielos y en la tierra, en el firmamento y en los mares, en el dia y en la noche, en las potencias y sentidos, en el cuerpo y en el alma, en el espíritu y el corazón; soledad en todo; y, sin embargo, católicos, esta soledad es indiferente, es insignificante, es nada en comparacion de la soledad que nosotros tenemos que contemplar esta noche.

En el mundo todo ha muerto; y lo que no ha dejado de existir, lo ha sumergido la Providencia en un letargo que parece hermano de la muerte. En la naturaleza racional lo que no ha muerto por la falta de vida física, ha muerto por la insuficiencia, por la ineficacia del sentimiento para llorar como se debe las causas que hicieron necesario el sacrificio de Jesus, y las circunstancias que le rodearon. Solo vive una criatura; y vive con toda la abundancia de espíritu y con toda la plenitud de vida que necesita quien ha de padecer más que todos y para todos. Solo una Mujer; y admito gustoso que os la figuréis como una tórtola que llora á la sombra de los sauces, ó como la realidad del fénix que se consume en las soledades de su amor, ó como la flexible amapola que se cimbraba entre los rastrojos que abrasa el sol del estío, con tal que me concedais que esta Mujer se encuentra en esta noche rodeada de una soledad que no tiene comparacion. Es una Mujer que, colocada al frente de los siglos, vé delante de sí á las generaciones pasadas, y á las generaciones presentes, y á las generaciones venideras, á quienes con plañido lastimero dice para pequeño desahogo de su alma: *Ambulate, filii, ambulate; ego enim derelicta sum sola.* «Andad, hijos, andad: yo he quedado sola.» Nosotros, en lugar de apreciar este lamento como una despedida, le interpretamos cristianamente como una invitacion; y en vez de pasar de largo, menospreciándola, como menosprecia el mundo el infortunio del que está solo, nos detenemos delante de la co-redentora del mundo, nos humillamos á sus plantas y solo para contemplar su soledad, pero en todas sus fases, es decir:

Por lo que es en sí la soledad, y por los accidentes que hacen más aflictiva la soledad de la Virgen. Unamos y preparemos nuestros corazones, porque mucho hemos de sufrir en esta noche al hacer la exposicion de la soledad de Maria: el Señor nos dé fuerzas y gracia para ello: espero alcanzarlo todo por la poderosa media-

cion de esa Madre á quién llena de gracia como lo está de soledad, saludamos con las palabras del Arcángel.

Ave Maria.

Maria Santísima, después de Dios, es en los cielos y en la tierra la grandeza mayor, nó solamente imaginable, sino también posible; como en el poder de Dios, dice San Pedro Damiano, nada hizo tan excelente como Maria; como que Dios, escribe San German de Constantinopla, al criar á la Señora parece, que agotando todo su poder, se ha excedido á sí mismo. Maria, concepcion purísima y privilegiada del Eterno, complacencia de los Angeles, embeleso de la gloria y esperanza de los hombres, es, aunque criatura humana, una grandeza perfectísima, universal y completa: perfectísima, porque en ella vertió el Omnipotente el tesoro de sus infinitas perfecciones y la síntesis de maravillosas condiciones que la dan el primado sobre toda criatura; universal, porque reúne en sí y engrandece en su persona todas las magnificencias del firmamento y del mundo, y completa, porque aparece y es tan grande en el esplendor del encumbramiento como en el abatimiento de la adversidad. Y nó sé si me atreva á decir que encuentro más sublime, más sorprendente la grandeza de la Virgen, no considerándola enriquecida de privilegios, y colmada de dónes, y llena de prerogativas, sino cuando la contemplo Reina de la amargura, asiento del desconsuelo y víctima de todas las tribulaciones. Ello es lo cierto que Jesucristo que la escogió para su Madre, que la asoció á los inefables misterios que habian de realizarse para nuestro bien, y que al hacer su testamento la ha instituido por universal heredera de cuanto le hace extraordinario, la ha dejado también heredera del desamparo que sufrió. Es innegable que la que fué grande en su predestinacion, y en su formacion, y en su nacimiento; y grande en su virginidad, en su maternidad, y en las humillaciones de una vida misteriosa; y grande en el modo de separarse del mundo y de regresar á la bienaventuranza, se ostenta incomparablemente grande en el suplicio de su soledad. Pero ¿y qué es la soledad?

La soledad, cristianos míos, es indefinible; es un estado en que se sabe sufrir muchísimo y en que tal vez nada de lo que se sufre puede explicarse. Es el suplicio del alma y la reunion de todos los padecimientos imaginables; martirio de las potencias, en que la inteligencia que en el sufrir adquiere un desarrollo admirable, es atormentada con la perfectísima comprension del bien perdido ó que no

se ha podido alcanzar; en que la memoria, desplegando una vivacidad exquisita, recuerda, sin que falte un ápice, cuando constitua nuestra pasada ó soñada dicha, y atrae en rededor de sí cuanto haria feliz al corazon, si cupiera en lo humano verdadera felicidad; en que la voluntad, que es señora, queda reducida á la tristísima condicion de esclava; quiere hacer y no puede hacer; parece que se resuelve y queda sin resolucion: es lo que seria una caña que, agitada por los encontrados huracanes del desierto, permanece inmoble, nó por resistencia propia, sinó por la fuerza misma de los vientos que la combaten.

La soledad es el martirio de los sentidos; el que vive y sufre solo, ni vé, ni oye, ni gusta, ni palpa, ni percibe nada que no sea soledad; todo lo vé como se vé á sí mismo, á la manera de aquel que, mirando por un lente, todo lo vé del color del cristal que tiene delante de sus ojos: siendo el mayor y el último de los dolores, por lo general es el efecto inmediato de la privacion absoluta del objeto que más amamos. Y en este sentido la soledad es el abatimiento del espíritu, el desaliento de la vida, es el vacío en el corazon; triplicado martirio que, sin la luz de la fe, sin el apoyo de la esperanza, sin el asidero de una Religion divina, llevaria fatalmente á la criatura al abismo de la desesperacion. Ahora comprendo yo la sublime sabiduria con que está escrita en el *Eclesiástico* aquella sentencia que, como aguzada saeta, penetra hasta lo más íntimo de nuestra sensibilidad. *¡Vae soli! Quia cum ceciderit non habet sublevantem se.* ¡Ay del solo, porque, una vez que haya caido, no encontrará quién le levante! (1)

Hasta aquí nos hemos ocupado de la soledad que aflige á la criatura por motivos exclusivamente naturales, por causas que, aunque de mucho valor, caen, sin embargo, bajo el dominio del entendimiento humano. Hay otro género de soledad más lamentable todavia, á la que la criatura no puede resistir, y en cuyos secretos no puede profundizar la inteligencia más perspicaz; soledad que no vacilo en llamar sobrehumana y sobrenatural. Sobrehumana, porque está sobre las fuerzas del alma humana; sobrenatural, porque es el aislamiento, la ausencia, la separacion ó la pérdida del bien infinito, del bien más amado, más amante, más consolador, sobrenatural por esencia y por excelencia, que es Dios. Esta soledad es la de aquella Esposa de los Cantares, que se lanza por calles y por plazas en busca del amado de su corazon,

(1) Cap. iv, v. 10

preguntando de su paradero á cuantos encontraba. Soledad más lúgubre que la de aquel ciegucecito que, en los caminos de Jericó, clamaba por que se le devolviera la vista; más oscura que aquella noche de arideces y de inquietudes en que solo, sin el bien que se ama, nos representa al espíritu el inspirado San Juan de la Cruz. Es, por último, aquella soledad del alma sin su esposo que la carmelita seráfica, Teresa de Jesus, describe de una manera inimitable: hed aquí sus palabras: «soledad sobrenatural que tanto se diferencia de la natural, cuanto una cosa muy corporal de una cosa muy espiritual. Porque en la primera soledad el alma, aunque sufre, sufre en la compañía del cuerpo .. En la segunda, déjala Dios tan aislada, tan desierta, que no hay cosa alguna en la tierra que la acompañe; y aún cuando la hubiera, el alma apeteceria sólo morir en aquella soledad. Anda en ella necesitadísima diciendo y preguntándose á sí misma: «¿Dónde está Dios...?» Y ni recibe consuelo del cielo, ni está en él, ni de la tierra le quiere ni está en ella; vive como crucificada entre el cielo y la tierra; y de deseo en deseo llega hasta robar el sentido, y es como un tránsito de la vida á la muerte.»

Ahora bien: consista la soledad en lo que quiera, la conclusion es que este suplicio del alma, este martirio de las potencias y sentidos, esta crucifixion entre el cielo y la tierra, esta vida de muerte, en Maria Santísima, más que en ninguna criatura y sobre todas las criaturas, constituye un dolor incomparable. Considerémos.

La soledad profética y figurada de Maria principia en el momento en que nosotros percibimos á la Señora existiendo en los designios del Omnipotente, y dura toda su vida. La soledad real y positiva de la Virgen, esa soledad de que por sí misma nos dá cuenta en esta noche, dura sólo treinta y seis horas que, clasificadas segun lo que es y las causas que la determinan, bien puede equipararse á una eternidad de sufrimiento. Treinta y seis horas que la descarnada mano del tiempo marca con una rapidez imperceptible, pero que la intensidad y la vehemencia del dolor hacen de una duracion espantosa. Treinta y seis horas de soledad que nosotros no podemos meditar instante por instante, porque la consideracion de los misterios, de las perfecciones y de los privilegios de Maria Santísima nos llevaria á la enajenacion de la mente y al arrobamiento del espíritu: el estudio detenido, sensible, efectivo, como debe ser, de su soledad, de seguro nos conduciria á

la muerte. ¡Y muerte dichosa la que alcanzáramos acompañando en su soledad á Maria Santísima!

Tres momentos decisivos, verdaderamente solemnes, tiene para mí la soledad de la Virgen: soledad de *desamparo*, soledad de *sacrificio*, soledad de *recuerdos y temores*. Soledad que principia en el *sepulcro*... y hiere el oído de una Madre, cuando, con sonido que extremece, la lápida del sepulcro oculta á sus ojos el cadáver de su Hijo. Soledad que continúa en el Calvario y hiere sus ojos en la contemplación de una Cruz, sola, ensangrentada, trofeo único que ha respetado y temido el infierno, como testimonio de la inmolación del mejor amigo de los hombres. Soledad que se termina en la casa de San Juan y hiere de muerte la vida toda de una Esposa que es nuestra vida, con la memoria de un Esposo que es caridad por excelencia, amor que no concluye nunca y que abrasa sobre toda ponderación. Vamos por partes.

Apoyada está la Virgen en la tumba del adorado Nazareno, como la yedra descansa en el álamo que la sostiene; con la diferencia de que la yedra se apoya en el árbol para vivir y Maria se apoya en el sepulcro para padecer. La yedra se apoya para subir, y la Virgen modelo se apoya para que su sentimiento, que procede de una causa á la vez natural y sobrenatural, se eleve á una esfera sobrenatural. Bien quisiera la Inmaculada Maestra de los que sufren abrazarse con aquella tumba, como se habia abrazado con el destrozado y Santísimo Cuerpo que en ella reposa; pero se detiene, porque á la impresión del frío mármol retiembla su corazón. Bien querría desenterrar aquellos restos, embeleso de una Mujer que ama sobre toda mujer, y una Madre que padece sobre toda madre; pero como lo que habia perdido era un Sér infinitamente superior á todo lo criado, no es Maria quien puede retener á Jesús: es Jesús quien arrebató consigo á Maria. No es la Madre la que puede sacar ya al Hijo de aquella roca insensible, pero envidiable; es el Hijo quien sepulta viva á la Madre en el santuario de su costado. Desearia quedarse allí, y despues de haber sufrido cuanto la Providencia dispusiera, y solo para nosotros, morir sobre los despojos sacrilegamente maltratados del que tomó carne en sus entrañas; pero en la Virgen todo es heroico. Y si es cierto que no hay dolor que iguale á su dolor, es evidente que no hay heroismo que iguale á su heroismo: tiene que dejar á Jesús, porque ha de ir en busca de los hombres; ha de dejar aquel Hijo por salir al encuentro de otros hijos que ni la ven, ni la oyen, ni la buscan, ni la siguen, ni la acompañan; tiene que despertarles de su letargo, diciéndoles: *Ego enim derelicta sum sola*: mirad,

hijos de Maria, que vuestra Madre está sola y abandonará el sepulcro, porque en él hay soledad, pero no consumada soledad; hay sufrimientos, pero no consumados sufrimientos; hay sacrificios, pero no consumados sacrificios. Un esfuerzo más, ¡Madre y Señora mía! y alejaos de ese enlutado monumento; un esfuerzo más, y volveos á descansar, para padecer de nuevo en la ciudad de Jerusalem. Os lo suplica, por Jesús, el más indigno de vuestros predicadores y el más miserable de vuestros hijos.

Nuestras necesidades lo exigen, la Providencia lo decreta, y Maria Santísima inclina la frente en señal de conformidad, como la inclina el tulipán cuando principia á marchitarse. La esclava del Señor renuncia al deseo de morir, porque la conservación de su vida nos es absolutamente necesaria. Determina dejar aquel monte de espinas donde queda sepultada la flor que ha brotado de su corazón, abandonando al Abel inocente para ir en pos de los Caines desnaturalizados; tiene que renunciar á las afecciones más legítimas y retirarse á llorar su soledad. Pero ¡ay católicos! que la retirada es un dolor más cruel que la permanencia; y por muy heroica, por muy generosa, por muy Santa que sea la Virgen, no por eso deja de ser muy sensible, más sensible que cuanto es capaz de sentimiento: quiere ausentarse, y se queda; quiere separarse, y se aproxima; principia á marchar, y vuelve de nuevo. Su corazón es el buque desarbolado y deshecho que fluctúa indeciso sobre las furiosas olas de la incertidumbre; y si el mar recibe el tributo que le pagan todos los ríos del mundo, el alma de Maria es el océano donde van á depositar sus amarguras los caudalosos torrentes de dolores que no se pueden imaginar; y ni el africano Nilo con sus siete bocas, ni el Danubio europeo con sus amplias ramificaciones, ni el asiático Ganges con sus ricos afluentes, ni en América el río de la Plata con su anehuroso cauce, ni nada puede asemejarse al desconsuelo de Maria al separarse del sepulcro; pero se separa... ¡Qué hermosos son tus pasos, Hija del Príncipe de las eternidades! ¡Benditos sean esos piés que descansan sobre el plateado disco de la luna! ¡Bendita sea esa cabeza que coronan las estrellas del firmamento, y benditas sean esas manos que derraman por donde quiera misericordia!

Un silencio estremecedor se ha proclamado rey del universo, y la oscuridad de la noche sirve de manto á una Mujer que, arhelante como el mismo amor, sube por entre riscos y breñas á colocarse en la plataforma del Calvario. Parece una gacela medrosa que huye de los ojeadores, ó más bien una cierva herida por el cazador que busca exhalar el último suspiro allí donde respiró el